

vision estaba pasando por allí, para cojer la retaguardia al Ejército.

Con el extraordinario que llevó la noticia al general Arteaga, tuve una carta en que me decia que fuera á incorporarme con él en la hacienda de la Albarrada por donde pensaba retirarse para Autlan antes de ser envuelto por el enemigo ó que siguiera á las fuerzas de Colima mientras habia oportunidad de reunirnos.

¡Pobre general! aquella tarde misma fué derrotado en la Albarrada, en terrenos que se encuentran al pié de los volcanes de Colima.

Llegó tambien para nosotros la hora de marcha: abracé á mi jóven esposa que lloraba á mares, di un beso á mi hijita Clotilde de edad de tres meses que estaba en la cuna, monté á caballo y salí á las cuatro de la tarde de Colima á incorporarme con el grueso de la Brigada que estaba en la hacienda de la Magdalena rumbo á la costa.

Puedo hacer constar que esta salida de Colima hicimos con el mayor orden, en plena luz del dia, el 30 de Octubre de 1864.

CAPITULO VI.

A LA INTEMPERIE.

Varios personajes comprometidos antes en la situacion política de Jalisco, que iban refugiándose de una poblacion en otra poblacion, unidos con los principales empleados de Colima que no quisieron encontrarse en presencia de Márquez, hombre que tenia fama de ser feroz en la paz y en la guerra, formaron un grueso de cosa de cincuenta individuos bien montados y armados que salieron resueltos á participar de nuestras privaciones en la campaña.

Esta se puede decir que comenzaba para nosotros, es decir, para ellos y para mí que éramos en aquella reunion las únicas aves de pluma.

Yo, aunque fuí dado á reconocer como comandante de escuadron, no ejercia funciones militares, toda vez que llevaba á mi cargo la doble investidura de secretario de gobierno del Estado y de la comandancia militar, con mi cuadro de empleados respectivo.

Aunque nuestras marchas fueron continuadas, como se daban por terminadas al haber andado seis ó siete leguas, al principio fué aquello para nosotros un paseo militar, una grata diversion. Pero es el caso que no tardó mucho en destacarse la division que mandaba Márquez sobre nosotros, y entonces comenzaron nuestros apuros, pues sabiamos bien que tenia tres tantos más de fuerza que nosotros y que en el primer encuentro iba á dejarnos convertidos en polvo. Entonces fué cuando comenzaron realmente nuestros más positivos sufrimientos.

No llegábamos á pernoctar en poblacion alguna: primero era que las hubiera en todo lo largo de aquellas costas que andábamos recorriendo. Acampábamos por lo general sobre las más altas lomas con objeto de no ser sorprendidos, ó en lo mas profundo de los bosques, ó en el seno mismo de los arroyos para ocultarnos á las miradas del enemigo. Entonces teniamos prohibicion de hacer lumbre, de desensillar nuestros caballos, de acostarnos y de hacer el más leve ruido. Habia veces en que no solo nos faltaba una choza para guarecernos del sol y del viento, sino que careciamos hasta de lo más indispensable para alimentarnos y para cubrirnos.

En una escaramuza que hubo cerca de Colima, que dió por resultado la muerte del bizarro coronel Calvillo, se perdieron la mayor parte de los equipages, de suerte que habiamos muchos allí haciendo nuestra primer campaña casi en pelota.

Recuerdo una mañana en que le pasó á mi amigo el Lic. Francisco Ramos algo para él muy lamentable,

que para los demas fué motivo de risa. Hacia bastante frio por la noche, estábamos sobre unas lomas en que el viento nos batía con furia; y entonces Ramos para hacer un simulacro de cama, se quitó su ropa única y se la puso á guisa de sábanas y cobertores. Por la mañana su ropa toda, pues era toda su ropa la que traía puesta, estaba enteramente empapada con el rocío. Fué necesario que entre todos le proporcionáramos algo de lo poco que teniamos, para que pudiera remediar en parte su crítica situacion.

Otro de nuestros amigos, entiendo que era el Lic. Urbano Gómez, viéndose un dia ya muy sucio después de no haberse quitado la ropa en quince dias, se bajó pian pianito al arroyo, allí se desnudó y comenzó el mismo á labar su ropa y á tenderla al sol. El Dr. Valdez y yo le encontramos en esta operacion y al vernos se le rodaron por las mejillas dos gruesas y cristalinas lágrimas...

Pareciamos estar llegando á un extremo, y esto cuando apenas teniamos quince dias de estar en campaña, en que la menor de nuestras calamidades era el hambre, pues que estábamos ademas llenos de garrapatas, de *güinas*, de turicatas y de las otras numerosas especies de animalitos insufribles que habitan nuestras costas y de los cuales el más inofensivo puede hacer una llaga sin el menor esfuerzo. Toda la noche sufríamos los piquetes de los mosquitos: desde el magestuoso zancudo que se anuncia cantando cuando va á herir con su cruel dardo, hasta el imperceptible jegen que se adhiere á la piel, causando irritaciones espantosas, se agrupaban asiduamente á velar nuestro sueño, hasta

que venia la aurora precedida de algunos vientos arrastantes causando un frio intenso y empapándonos materialmente con la espesa neblina que nos mandaba.

En el dia eran de otra clase nuestros tormentos y un poco más variados pues venian á agregarse á las molestias, del animalerio que nos devoraba, la sed, el hambre, el sol, el calor y el cansancio. Esto no era soportable para ciertas personas de naturaleza delicada, y sucedió una cosa que no nos sorprendió en manera alguna: á los otros ocho dias, ninguno, de los cincuenta particulares de que ántes he hecho mencion, nos acompañaba: cada uno fué desertando á la hora que le pareció más conveniente, siendo probable que se reunieran en grupos de á cinco y de á seis para prestarse mútuo auxilio, pues que de alguno de esos grupos supe yo que habian pasado penalidades infinitas para lograr tocar á puerto seguro, de otros que fueron asaltados y asesinados; de otros que no se volvió á saber más y pocos los que pudieron llegar á la ciudad de México sin muchos tropiezos. El resultado fué que aquella desercion produjo efectos desmoralizadores en nuestras filas, las cuales á duras penas lográbamos conservar compactas. Era necesario que los dos que quedábamos hiciéramos un esuferzo de abnegacion: el general García no nos lo dijo, pero nos lo comunicamos nosotros mismos. Eramos ya solamente el Dr. Juan J. Valadez que llevaba el carácter de cirujano de la Brigada y yo el de secretario del gobierno ambulante, sin papelera ya y sin empleados que sirvieran la secretaría, los que formábamos el resto de la caravana política. Ambos nos habiamos guiado por el mismo te-

mor y nos hicimos la formal promesa de permanecer en nuestro puesto. No desertar en tales circunstancias era el colmo del heroísmo: nosotros fuimos de esos héroes que permanecemos todavia tres meses haciendo la campaña entre las garrapatas y los alacranes.

El general Márquez se cansó al fin de no poderos dar alcance en un rádio de 80 leguas y se volvió á la ciudad de Colima con su division reducida á una tercera parte: las enfermedades y la desercion la estaban ya aniquilando sin que por eso nuestra Brigada dejara de parecer una reunion de momias. Así estábamos todos de flacos y descoloridos despues de haber sido tan azotados por los aires venenosos y mortíferos de aquellas costas.

Llegando Márquez á Colima se valió de los amigos y parientes del general Julio García para que apoyaran una carta que le escribió excitándole á que reconociera el Imperio á cambio de muchas promesas alhagadoras.

Muy probable es que el gobernador vacilara entre aquella situacion sin salida que guardábamos y los brillantes ofrecimientos que se le hacian, pues conservó un dia entero reservada aquella correspondencia; hasta que alguno tuvo la indiscrecion de preguntarle las nuevas que habia traido el correo. Entónces me pasó las cartas para que las leyera: una de ellas era de su propio hermano.

—Qué debo hacer con estas cartas? le pregunté.

—Lo que sea más conveniente, me contestó.

Me puse á la obra, contestándolas de manera que á sus autores no les quedaran deseos de volver á hacer otra invitacion.

A los amigos y parientes se les dijo en sustancia: que no habia uno solo de los hombres que componian la Brigada de Colima, que se encontrara dispuesto á traicionar á la patria, que lo que querian todos era pelear contra los imperialistas hasta el último aliento, que solo entre los que no conocian el valor del patriota y la dignidad del mexicano podia haber la perfidia de invitar á otros á envilecerse, como si no estuvieran satisfechos con ser ellos solos traidores y con haber ellos solos doblado la cerviz para recibir en ella el tacón de la bota del soldado extranjero.

Principalmente se enterneció D. Julio cuando le leí la contestacion á la carta de su hermano, pues que en ella no habia palabras duras pero sí reproches justísimos: derramó algunas lágrimas, me rogó que se la leyera segunda vez y en seguida la firmó lleno de grande satisfaccion.

Al general Márquez le contestamos que según habiamos visto en una correspondencia que acababa de caer en nuestra poder, se trataba de desterrarlo á Constantinopla por considerar su solo nombre como perjudicial á los intereses del Imperio y que toda vez que este pagaba tan mal sus servicios, acaso era tiempo de que labara las manchas pasadas de que estaba lleno, uniéndose con nosotros para combatir á los invasores que pretendian hundir en la esclavitud á la República.

Como todo esto era verdad, pues que realmente

habiamos interceptado una correspondencia que nos ponia la situacion en claro, Márquez léjos de indignarse con la proposicion que le haciamos de traicionar á sus banderas, nos escribió dándonos las gracias por el aviso, agregando con respecto á lo demás algunas evasivas, con lo que concluyeron aquellas poco afortunadas negociaciones.